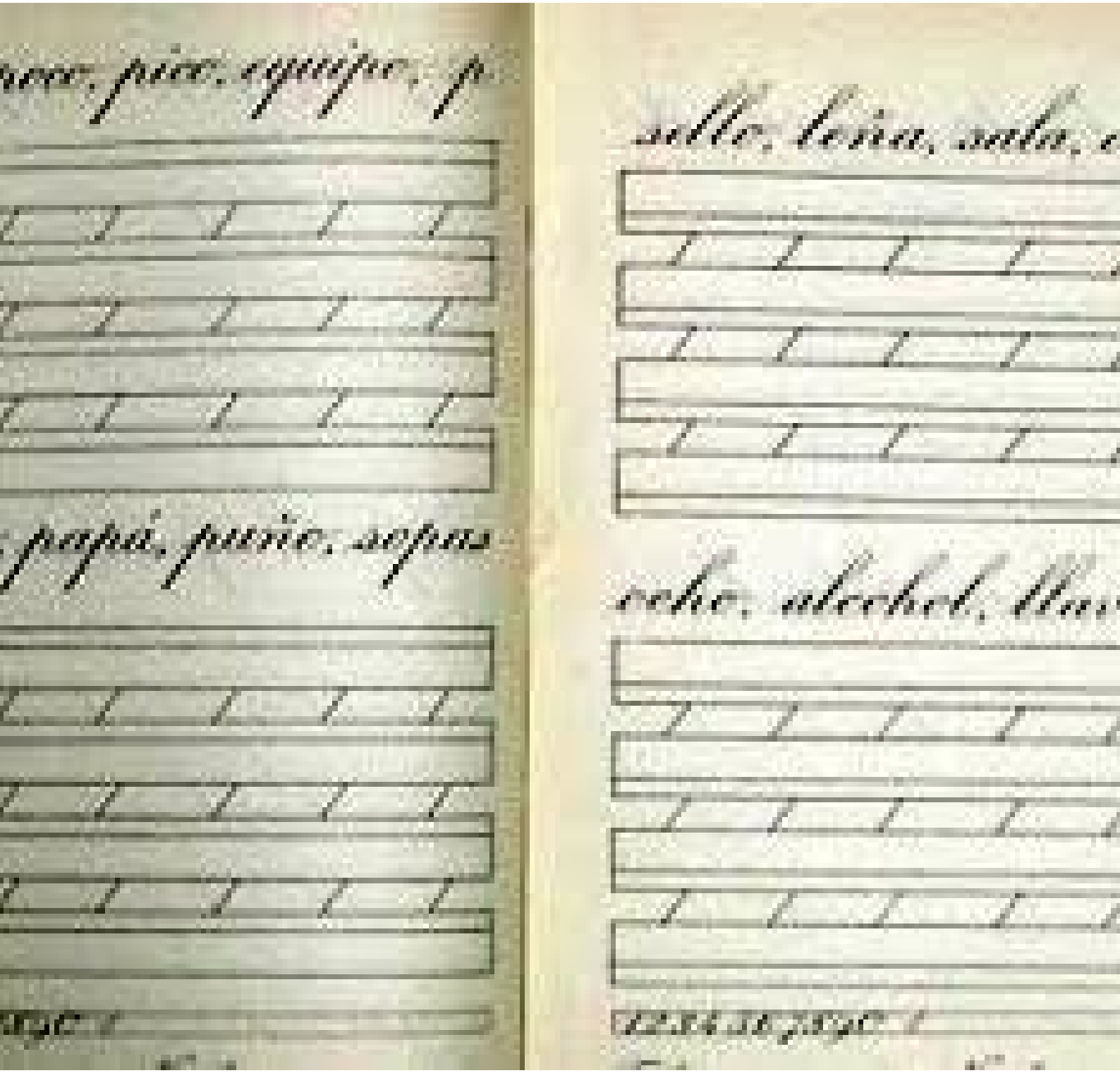
Al cuerpo de la letra.

Daniel Sans □□□□



Capítulo 1

Querido Atilio,
Han pasado 14 años desde tu muerte, la misma cantidad de años que había de diferencia entre nosotros.
Recuerdo un verano, tendrías 22 y venias de Buenos Aires a pasar las vacaciones en el pueblo. Que vivieras en la Capital y lo que allí hacías me sonaba extraordinariamente heroico: Hacías derecho. Hacías, así decían, y para mí eso estaba en tus camisas entalladas, que vi por primera vez, y en tu bigote; también en que pertenecieras al mundo adulto pero mantuvieras las juntadas de amigos, todo en vos tenía la virtud de andar sin vueltas.
Había esperado tu llegada, quería contarte que llegaba hasta el río pedaleando en la comecaminos, tan lejos iba que necesitaba llevar agua para el viaje. Había guardado una cantimplora más grande, para los dos. Pero nada de eso sucedió.
Mamá te dijo que mi letra sería motivo del fracaso en tercer grado, y vos decidiste hacerte cargo. Sobre la mesita de luz del lado de papá estaba abierto el cuaderno de caligrafía. Los trazos seguros, limpios, imposibles se enfrentaban a mi desprolijidad, la misma que veía en el espejo del armario: la remera a rayas, demasiado chica, que no llegaba al pantalón corto del que asomaba, por las bocamangas, partes del calzoncillo con tamborcitos rojos. Ese que mamá me había dado a la mañana diciendo:
—Lolo, que ya sos grande, estás dejando el colchón todo cochambroso.
Me di cuenta de que mi mano temblaba, me negué a seguir. Vos gritaste y agarraste una pantufla de papá, y fue cuando vi que el faldón de tu camisa se había salido del pantalón. Ya no te escuché, sé que te grité, antes de escapar, que nunca iba a escribir así y que en el futuro habría máquinas que escribirían por nosotros.
Vos recordarías aquel enero porque con papá quemaron libros en el patio, yo porque decidí no hablarte y comprobé que no te importaba.
Cuando papá murió nos fuimos con vos a la Capital. Tenía 13 y me habían dejado solo en tu monoambiente mientras buscaban con mamá un departamento para instalarnos. Mirando tu biblioteca me encontré con Sexus; Delta de Venus; Diario de una princesa rusa. El grabador Sony, ese de grandes ruedas plásticas me sirvió para grabar con voz pausada los párrafos elegidos. Escuchando lo grabado descubrí que entre la voz y mi cuerpo todos los límites podían ser traspasados. Me quede dormido abusando del descubrimiento. Cuando desperté habías cubierto mi desnudez y vuelto a acomodar los libros. La tapa del Sony estaba en su lugar. Mamá llegó para la cena.
Hoy, que cumplí los años que vos tuviste al morir, quise pedalear hasta el río y dejar que la corriente se lleve esta carta que hubiera querido hacerte llegar.